



Ninguno de los países europeos, ni siquiera Francia, puede alegar una independencia real con respecto a Estados Unidos: Gran Bretaña sabe que depende por su pobreza y Alemania Federal por su riqueza. En la foto, Giscard, Schmidt y Thatcher, en Venecia, donde el próximo día 22 volverán a reunirse, esa vez con Carter.

trar que hay mucha más unidad en el país de lo que se desea creer.

Todo esto va a tener un nuevo desarrollo en la misma ciudad de Venecia el día 22, cuando se reúnan algunos de los "grandes" europeos que han participado ahora en Venecia con Carter, con el representante del Japón (en este caso, el ministro de Asuntos Exteriores, puesto que el primer ministro Ohira acaba de fallecer) en la cumbre de los países más industrializados del mundo, que es un eufemismo para hablar de los más ricos. Se va a hablar un lenguaje primordialmente económico, pero en estos momentos es imposible distinguir la política de la economía en temas primordiales: el del Irán, el de la URSS, el de los países árabes. Puede decirse que la moderación europea, o el sabio lenguaje diplomático empleado ahora en el comunicado y en las declaraciones individuales de cada uno de los dirigentes, es una preparación para la reu-

nión del día 22. Pero probablemente ni Carter ni Muskie se van a conformar esta vez con ambigüedades y van a exigir algo bastante más claro: en su favor, naturalmente.

Ahí se va a producir el verdadero test para este independentismo y esta voluntad de responsabilidad propia de Europa. Y para ver hasta dónde llega la capacidad de los Estados Unidos para ejercer presiones sobre sus enemigos europeos en el asunto de Oriente Medio y en todos los demás. La palabra "presiones" ha sido empleada también por Giscard, aunque, naturalmente, sin aludir directamente a los Estados Unidos. Se habrá de ver también en esta semana en la sesión del Consejo de Seguridad para tratar el tema de Jerusalén, y hasta qué punto Estados Unidos está dispuesto a vetar el tema para que nada que se aproxime a una solución pueda hacerse fuera de su marco propio: la conferencia permanente entre Estados Unidos, Egipto e Israel. ■

EL TRABAJO CLANDESTINO

COMO consecuencia del desempleo, de la inflación, del peso creciente de los impuestos, el trabajo clandestino es el precario pan diario de decenas de millones de hombres de todo el mundo industrial. En Estados Unidos, donde juega un papel considerable, el economista Milton Friedman se declara abiertamente partidario de él. El líder de la Escuela de Chicago, de tendencias ultraliberales, dice que es necesario apoyarlo para luchar contra las trabas de la sociedad colectivista...

En Alemania se le conoce con el nombre de *schwarzarbeit* (trabajo negro). Alcanzaría una cifra de casi billón y medio de pesetas al año. Incluso en Gran Bretaña, famosa por su "fair play" y su legalismo, inician la carrera hacia el trabajo clandestino (*Moonlighting* —luz de luna—) y hacia los pagos en especie (*per's*) para escapar de la carga de los impuestos. Desde el conductor de taxi hasta el fontanero o incluso hasta el director de una sociedad, que va en el Rolls y que lleva el traje, pagados ambos por la empresa, todo el mundo intenta por todos los medios ponerse fuera del alcance del fisco. Los taxistas londinenses exigen sin miramientos una propina que, por supuesto, no está sujeta a impuesto. Uno de ellos dice: "Sin estas propinas tendría que trabajar de tres a cuatro horas más al día para el fisco. No sería vida..."

En la escala mundial del trabajo clandestino, Italia ocupa, sin duda, el primer lugar. Pero Francia, patria reconocida de los arreglillos personales, ocupa una posición excelente. En Francia es incluso una de las actividades más prósperas. Una empresa que funcione totalmente sin declarar —y las hay— se libra de las retenciones sobre el salario de la seguridad social, aproximadamente, el 60 por 100; de la TVA, del impuesto sobre los beneficios, el 50 por 100, y del impuesto personal sobre la renta del patrono, del 30 al 50 por 100 más. Sus asalariados no pagarían ninguna cotización social, ni impuestos.

La ganancia potencial es, por lo tanto, enorme, y se comprende que no falten amantes de tales acrobacias. Así, hasta hace poco, los revendedores de productos textiles italianos (fabricados clandestinamente) los introducían en Francia en escondites en los coches cama; otros incluso llegaban a hacerse lanzar clandestinamente mercancías en paracaídas, desde un avión venido del otro lado de la frontera...

Sin embargo, la gestión de la empresa que funciona en la clandestinidad no es tan simple como se piensa, ya que no puede funcionar más que en el marco de un circuito en el que, desde el productor hasta el consumidor, están al margen de la ley; basta con que falte un eslabón de la cadena para que se bloquee todo el sistema. Por lo tanto, hay que establecer una red de complicidades que sea tan sólida como el cemento. El confabacionista que trabaje en la clandestinidad no sólo debe de tener un taller clandestino, donde sufran trabajadores inmigrados y sin declarar, sino que también necesita materia prima y, por lo tanto, comprar la tela de fabricantes que no hagan factura. También hay que encontrar un vendedor al por menor que pase clandestinamente la mercancía. Después se debe de utilizar sin ostentación el dinero obtenido con este tráfico para no llamar la atención del fisco. Un artesano que declarase una cifra irrisoria y tuviese millones de francos en su cuenta bancaria llamaría un día la atención de los inspectores. De ahí la comodidad que ofrecen los Bancos suizos para evacuar este dinero clandestino.

"En efecto —dice un comerciante que conoce bien el problema—, el enemigo principal del trabajo clandestino no es el inspector de Hacienda, es el ordenador. Mientras se tenga un pequeño negocio que funcione con un puñado de asalariados se puede uno reír de todas las reglamentaciones fiscales o sociales. En cuanto se tiene una empresa un poco importante, se está obligado, por la lógica de los negocios de hoy, a pasar la contabilidad por el ordenador. Y el sistema informático deja rastros indelebles, mientras que la contabilidad de nuestros abuelos, hecha a mano, permitía hacer bastantes juegos malabares con los números, y lo más frecuente era tener una doble contabilidad, la oficial, destinada, llegado el caso, a los controles fiscales, y la otra, la 'verdadera', para uso personal".

Entonces, ¿pondrá fin la informática al trabajo clandestino? Es poco probable. En un país como Francia, que tiene cerca de millón y medio de parados y millones de trabajadores que no ganan ni dos mil quinientos francos (1) al mes, el trabajo clandestino es la válvula de seguridad que impedirá durante mucho tiempo que explote la marmita social. ■ **JACQUES MORNAND**, © "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO, 1980.

(1) Unas 42.000 pesetas.